

Pumuky en París

Cuando uno crece se le caen muchos mitos. Por ejemplo, hasta hace poco, yo creía que tenía muchos amigos, pero después de haber visto muchas cosas que he visto, he empezado a entender una máxima de La Rochefoucauld que nos enseñaron en el Liceo, que venía a decir algo así como que por raro que sea el verdadero amor, lo es menos aún que la verdadera amistad. Más o menos lo que decía Oscar Wilde, que nada hay en el mundo más noble y raro que una amistad sincera. Y lo mismo te dicen los camellos marroquíes que pasan hachís de La Taberna Encendida: Tener muchos amigos equivale a no tenerlos. Es un proverbio árabe, creo.

Desde que nos hicimos famosos nos salían amigos de debajo de las piedras. En cada bar nos venía a saludar alguien, nos invitaban a copas, a rayas, a lo que quisiéramos. Ciudad en la que tocábamos, había mazo de peña rodeándonos, dispuestos a pasearnos por ahí. La agenda de mi móvil estaba llena,

no aceptaba más teléfonos. Y a Pumuky, en teoría, le quería muchísima gente. Joder, si era el ídolo de la juventud alternativa y tal. La cosa es que quererle, lo que se dice quererle, no le quería tanta gente. Muy poca. Porque no es lo mismo amigo que compañero de fiesta. Que la amistad puede potenciar virtudes, pero nunca vicios. O eso le diría a usted mi madre. Y yo ahora la creo.

Además, todos sabemos que, como dice otro refrán, y éste no es árabe, hay pocos lazos de amistad tan fuertes que no puedan ser cortados por un cabeallo. Por el de una mujer, sin ir más lejos. Cuando Pumuky se lió con Valeria yo dejé de verlo. No es que cortase lo nuestro de plano, pero empecé a verlo menos. Y fue una gilipollez. Porque yo ahora he aprendido que tengo pocos amigos, y que Pumuky fue uno de los mejores. Mire, hay dos momentos en que uno se da cuenta de los pocos amigos que tiene: en la prosperidad y en la desgracia. Y yo he vivido ambas.

Cuando Pumuky la palmó muchos de aquellos colegas que nos invitaban a copas en los bares desaparecieron. Les daba miedo lo que había ocurrido, o no querían pasarse una noche entera escuchándome llorar. Sí, molas mucho cuando eres el que liga más, y el que vende más, y el más guapo. No molas tanto cuando estás hecho polvo, la peña huye de ti, les aburres. La amistad sincera se alimenta de recuerdos y la interesada de esperanzas, así de simple. Es otro pro-

verbio, creo. Me temo que le debo de estar breando a usted con los proverbios, no hago más que citar, me vienen todas esas frases a la cabeza como si las hubiera almacenado, no sé, igual me estoy volviendo loco. Lo que venía a decir es que los buenos momentos hacen amigos, pero los chungos los prueban. Y no crea, que ahora que lo pienso, los buenos momentos no hacen amigos, sólo falsos amigos. Porque la fama atrae a una horda de presuntos amigos, pero hace falta mucho ojo y muchas malas experiencias para caer en la cuenta de que amigo o amiga no es sólo aquel que se entristece con la noticia de cualquier desgracia de uno, sino aquel que no le envidia a uno los golpes de buena suerte. Que cuando nos hicimos famosos nos iban poniendo verdes por la espalda muchos que se decían nuestros amigos, y nuestra propia oficina, sin ir más lejos, nos tangó una pasta.

La publicidad de los teléfonos móviles, la de Coca-Cola, la de las cervezas, siempre habla de la amistad. Si tú ves la tele parecería que los amigos sólo están para eso, para salir de copas. Necesitas el móvil para quedar con ellos, la cerveza para reírte con ellos. Y la coca para poder pasarte tres pueblos con ellos, aunque eso el anuncio no lo diga, pero muchas veces lo sugiera. Yo he aprendido que una persona puede salir con un grupo o sentirse aceptado por un grupo, pero que siempre debería integrarse en el grupo con cuidado, con tiempo, con cierta distancia emocional, sin excesivo entusiasmo ni prisa, sin olvidar que los gran-

des amigos pueden convertirse en enemigos, de la misma manera que también hay que odiar con moderación a los grandes enemigos, pues suelen tener mucho más en común con nosotros de lo que pensamos. Alguien que en el fondo no nos admire no dedica tanto tiempo a construir nuestra imagen en su cabeza como para odiarnos.

Supongo que me estoy yendo de madre, porque usted lo que quiere es que le hable de Pumuky. Pumuky era mi amigo, pero a veces también le odiaba. Me cargaba. Pero le quería. Es así. Yo siempre pensé que Pumuky estaba loco, desde que le conocí, no tuve ninguna duda. A fin de cuentas, nadie hay que esté absolutamente cuerdo, y eso se lo podrá confirmar mi madre, que es psicoterapeuta, o psicoteraputa, como la solía llamar Pumuky, ya que estamos hablando de él. Lo decía de buen rollo, ¿eh?, en plan coña, que Pumuky a mi madre la adoraba, siempre lo decía: «Yo es que estoy enamorado de Sabina». Y lo decía en serio, no crea. De todas formas, Pumuky tenía fijación con las mujeres mayores, se lo dirá todo el mundo. Una de sus muchas frikadas. Mi madre no diría que Pumuky estaba loco, diría más bien que era narcisista. Exhibicionista sí era, por eso le venía tan bien ser el cantante del grupo, por mucho que todos supiéramos que ni tenía voz ni oído. Pumuky era exhibicionista y excesivo y exorbitante incluso, y había quien no podía soportarlo, a mucha gente le cargaba, pero era mi amigo, le quería.

Yo sentí algo por él desde la primera vez que lo vi, una necesidad de protegerlo, creo, que no quiero analizar porque eso lo he aprendido de mi madre, a analizarlo todo, y a veces quiero evitarlo, no quiero jugar a desmontar el mecanismo del juguete, para acabar entendiendo cómo funciona pero no poder volver a jugar con él, y por eso no quiero pararme a pensar si me dio por esa necesidad de protegerlo para poder sentirme superior, que es lo que probablemente me diría mi madre. El caso es que cuando lo vi por primera vez, ya le digo, me dio pena, me inspiró compasión. Y yo pensé: «A este pobre se lo van a merendar vivo», y me presenté inmediatamente y le dije cómo me llamaba, y desde entonces. Cómo miraba el cabrón, que ya nació con mal bajío. Y el mal bajío no se quita así como así... Era un chico delgadísimo, de una flexibilidad... no sé... como deshuesada, con todo el desaliño de una criatura que ha crecido demasiado deprisa. Pero entonces la delgadez no era un rasgo así como chic ni era tendencia ni era na, entonces Pumuky no había aprendido a sacar partido de su cuerpo flaco, no creo que él supiese lo que era el look heroine chic, y lo que vi yo fue un enano esmirriao, con unos enormes ojos azules que casi no le cabían en la cara chupada, parecía un muñeco de dibujos animados, un dibujito de manga o algo así. De ahí le vino el apodo luego, claro. Con el tiempo llegaría a ser un tío guapísimo, pero entonces todavía estaba disimulado dentro de un mocoso feúcho, aunque

ya con un poco de ojo se adivinaba el chulazo que Pumuky llegaría a ser en unos años, a sus anchas como dentro de un cuerpo a medida, pero conservando del niño aquellos ojos de un azul intenso en los que brillaba la luz.

Me hice amigo de Pumuky en sixième, cuando teníamos once años. Era raro en el Liceo que un alumno entrara tan tarde, lo normal era entrar a los cuatro, había muchas solicitudes de ingreso y muy pocos alumnos que se fueran dejando plaza libre, resultaba difícilísimo que le admitieran a uno en el Liceo, aún más difícil a partir de según qué edad. Más tarde me enteré de que el abuelo de Pumuky tenía el dinero y las relaciones para conseguir lo inconseguible, para robarle a quien fuera la tan ansiada plaza, pero entonces no lo sabía, ni lo hubiera imaginado viendo la cara de susto del chiquillo aquel. Lo que le puedo decir que ya desde aquel primer día pensé que se le había chalado la olla, por la manera en la que hablaba, a trompicones, por la forma en la que desviaba los ojos cuando le hacían una pregunta, por las incoherencias que musitaba a modo de respuesta.

Pues eso, que yo siempre pensé que estaba loco, un jarto, le digo, que nada de lo que Pumuky hiciera o dijera podía sorprenderme, y que desde luego siempre supe que era autodestructivo, temerario incluso, pero si alguna vez lo tuve claro como el agua fue en París, la última vez que estuvimos en París, hace ya tres años, para ver a mi padre.

Mi padre se casó con una señora rica y vive en pleno boulevard Saint-Michel, frente a los jardines de Luxemburgo, en un apartamento inmenso que debe de costar una pasta, un verdadero fortunón. Mi padre no curra, es el dueño de un restaurante en ese barrio, o uno de los accionistas, o algo por el estilo, y por allí aparece a diario, pero no precisamente a trabajar. Con la excusa de que va a controlar el negocio lo que hace es beberse unas cuantas botellas de champán diarias y luego va de mesa en mesa, saludando a los famosos que comen y cenan allí, a los habituales del sitio, haciendo relaciones públicas según él, y el ridículo según yo. Nosotros, Pumuky, Mario y yo, nos preguntábamos a menudo qué coño habría hecho para engatusar a una de las mayores fortunas no ya de París, sino de Francia entera, y yo me acordaba de que mi madre suele decir que mi padre, de joven, fue escandalosamente guapo, pero hay que subrayar lo de que fue, porque ahora tiene la típica pinta de beodo: la nariz roja, la cara hinchada, la tripa prominente... Parece una caricatura, un personaje de los que salen en Astérix. Pero hay que decir en honor de mi padre y de su señora que se portaron de puta madre aquel verano, que nos acogieron a los tres, a Mario, a Pumuky y a mí durante quince días, y que mi madrastra —porque supongo que eso es lo que es, mi madrastra— no se quejó ni una sola vez de nuestra presencia, ni un mal gesto ni una mala cara. Eso es lo que tiene la educación exquisita, creo.

La mujer de mi padre estuvo casada antes. Y fíjese que digo la mujer de mi padre y no la nueva mujer de mi padre porque nunca he pensado en mi madre como en su mujer, ya que no tengo recuerdos de ellos juntos, nunca los vi como pareja ni los imagino ahora, se separaron cuando yo no había cumplido aún los tres años, y poco después mi padre pegó el braguetazo y pilló a la que sí que es definitiva y legítimamente su mujer, la señora que lo mantiene, porque yo tengo clarísimo que el restaurante no puede sostener semejante tren de vida, pero, y sobre todo, la señora que lo aguanta, porque hace falta valor para aguantar a semejante elemento, y conste que me jode hablar así de mi propio padre, pero es que es inaguantable, todo el día pedo, todo el día dando la nota, todo el día pegándole gritos a la pobre por cualquier gilipollez. Es un bocachancla de cojones, mi padre, siento decirlo pero es así. Se levantaba gritando: «MARIE CHANTAAAAAAAAL, ¿DÓNDE ESTÁ MI CHAQUETA AZUL?», y así el resto del día, a todas horas, Marie Chantal esto y Marie Chantal aquello, y siempre a berrido limpio, y la pobre Marie Chantal divina e impecable, en su sitio, sin quejarse.

En la casa vivía también la hija de Marie Chantal, que era una monada de cría, pijísima por supuesto, pero preciosa como una muñequita, es lo que tienen las niñas ricas y bien criadas: primero los genes, porque las mujeres muy guapas buscan hombres muy ricos, hipergamia se llama el fenómeno —que se lo

diga Mario, que es el que ha estudiado Políticas—, y por eso los ricos suelen ser guapos, se trata de un fenómeno sociológico estudiado; y luego la crianza, la alimentación, las clases de equitación y de danza, la postura, los modales... Una monada, le digo, y Pumuky enseguida lo vio claro, «la niña es la heredera de todo esto, ¿no?, porque es hija única y tu padre evidentemente no le va a hacer un bombo a estas alturas a la Marie Chantal, que no creo que ni ella tenga edad ni a tu padre se le levante... Pues si la niña es la heredera, habrá que pegar el mismo brague-tazo que pegó tu padre», y no lo decía en broma, le digo que Pumuky estaba mal de la cabeza. Se pasaba el día coqueteando con la cría y mi padre es tan gilipollas y la Marie Chantal no sé si tan sumisa o tan bien educada que ninguno le paraba los pies, y yo estaba acojonado porque pensaba que si Pumuky se la tiraba (a la niñata, digo) nos íbamos a meter en un follón de mil pares de narices, y ya le he dicho que Pumuky estaba loco y además adoraba meterse en líos, pero lo más tremendo era que él no quería tirársela, lo que quería era casarse con ella, no lo decía en broma aunque Mario pensara que sí, pero yo conocía bien a Pumuky y veía claro de cojones, como el agua, por dónde quería ir. Así que Pumuky empezó a seguirle la bola al jarto de mi padre, y a sus delirios alcohólicos, estábamos en plena campaña electoral y mi padre era fan total de Sarkozy, yo lo flipaba, claro, pero Pumuky le seguía la bola el muy cabrón.

«Que sí, que sí, Guillaume, que este país necesita un líder, un hombre fuerte, de convicciones». Y Guillaume por aquí y Guillaume por allá. Un par de jartos, los dos, lo que yo le diga.

Recuerdo una cena completamente surrealista. Marie Chantal no sabe cocinar, así que había encargado la cena a un restaurante libanés y nos había puesto la mesa toda apañada, con mantel de hilo y servilletas planchadas, maciza la vajilla de plata, espléndida la cristalería, no pegaba nada con la comida libanesa, si le digo la verdad, por más que la manduca viniera de un libanés de diseño y estuviera todo muy presentado y muy mono, no pega lo del mantel de hilo con el fatoush y el babaganoush, pero supongo que allí radicaba el encanto, o se suponía que era así, cosas de pijos que ni entiendo ni entenderé. Mi padre ya llegó a la mesa mamao, porque venía de su restaurante, y cuando nos disponemos todos a sentarnos a la mesa Pumuky se sienta al lado de Coralie, y en ese momento Marie Chantal, en un raptó de lucidez, debió de darse cuenta de qué iba la cosa y le dijo: «No, Coralie, tú hoy presides la mesa», y Coralie, que sabía perfectamente que Pumuky le bailaba el agua y que estaba más que encantada con el pretendiente —porque Pumuky, quieras que no, siempre le había gustado a las mujeres, y aquella niña ya era prácticamente una mujer—, le replica: «No, mamá, aquí estoy perfectamente», y Marie Chantal, muy tensa, le repite: «Coralie, he dicho que hoy presides la mesa y no

se hable más», y la niña que no y la madre que sí, todo muy cortésmente y entre sonrisas, eso sí, y de pronto el jarto de mi padre que se le va la pinza: «JODER, MARIE CHANTAL, ¿ES QUE TIENES QUE PASARTE LA VIDA DIRIGIENDO A TODO EL MUNDO?». Acompañó el grito de un puñetazo en la mesa, y todo el contenido del burdeos de su copa carísima de cristal de Bohemia se derramó sobre el mantel de hilo. Nos quedamos paralizados, Coralie, Pumuky, Mario, yo, pero sobre todo Marie Chantal, que no rechistó, no movió un músculo de la cara, no apretó los labios ni contuvo una lágrima, en mi vida había visto yo semejante prodigio de autocontrol. Marie Chantal se sentó a la mesa como si tal cosa y empezó a servirnos la comida. Nos sentamos todos y mi padre siguió picoteando sobre esto y sobre aquello en un delirio incoherente, mezclando a Sarkozy con Ségolène, a las churras con las merinas y al culo con las témporas, y nosotros, por imitación de Marie Chantal, fingíamos que aquello era normal, que allí no había pasado nada, achantaísimos, hasta que de pronto mi padre se levanta y se va a sentar al sofá del salón contiguo al comedor, y pone un disco de Renaud y empieza a cantarlo a voz en grito, desafiando como una hiena, y en éstas se levanta Pumuky, se sirve una copa de vino, se sienta al lado de mi padre y allá que los ves a los dos cantando a pleno pulmón: Camarade bourgeois, camarade fils-à-papa, la Triumph en bas de chez toooooooooooi, le p'tit chèque en fin de mooooooooois, que, como usted comprenderá, resulta-

ba tan absurdo como un nazi judío, porque si hay en París un burgués acomodaticio es mi padre, que no es hijo de papá, o puede que sí, pero que desde luego sí se ha casado con una hija de papá, y es el padrastro de otra, y yo me daba perfecta cuenta de que Pumuky en parte se estaba descojonando de él pero en parte quería seducirlo, y luego se me vino a la cabeza otra explicación digna de mi madre: que Pumuky quería un padre, y que le daba igual si mi padre era un borracho impresentable, si al fin y al cabo su madre también lo había sido. Pumuky quería un padre y me estaba robando el mío. Pues que con su pan se lo comiera, o con su fatoush, y al final entre Marie Chantal y Pumuky le metieron al viejo en la cama, mientras yo pensaba que qué suerte tan grande he tenido de vivir toda la vida con mi madre.

Lo más fuerte vino dos días más tarde, cuando el gilipollas del Sarkozy, que por entonces era ministro del Interior, envió a las CRS a contener las manifestaciones de estudiantes. Los chavales se manifestaban en contra del contrato de primer empleo, y no sé si usted lo recuerda, pero en la banlieue habían quemado coches y todo. Para restablecer el orden, el presidente Chirac, el primer ministro Villepin y el ministro del Interior, que por entonces era Sarkozy, antes de que fuera presidente, estuvieron, por una vez, completamente de acuerdo, pese a que Villepin y Sarkozy se odiaban a muerte: había que imponer la mano dura, la represión brutal. Cada vez que bajábamos a la

calle nos encontrábamos en las mismas: manifestaciones, paros, caos, la ciudad tomada. Se desplegaron helicópteros y casi diez mil policías, incluidas las famosas Compañías Republicanas de Seguridad. No sé si usted ha visto fotos de las CRS. Más que policías, parece que se han escapado de una viñeta de cómic, como hermanos de carne y hueso del Robocop de titanio. Se protegen la parte superior del cuerpo con unos minichalecos de un material ultrarresistente..., espere que me acuerde del nombre..., esto..., policarbonato, sí, como politoxicómano, policarbonato, chalecos antitrauma les llaman, que les dan un aspecto así como de armadillos gigantes e inexpugnables, o como los hermanos azules y macarras del muñeco de Michelin. Para acabar de blindarse, usan protectores en las rodillas y espinillas, por lo de la defensa ante las patadas, y guantes anticortes. Llevan también cascos de fibra negros con dos rayas amarillas, la cara tapada por un pasamontañas y un escudo enorme, de no sé qué plástico ultramoderno supermolón y superresistente, antibalas. Todo este disfraz de ciborg no está diseñado, creo yo, solamente para proteger a los maderos, sino, además y sobre todo, para impresionar a los manifestantes, porque es verdad que ya sólo con verlos te acojonan, es un truco psicológico más que una defensa real, creo. Los veíamos allí, en la calle, y no daban una impresión humana, sino que parecían más bien un ejército de androides..., aaaargh..., entrenados para matar. Villepin y Chirac habían pedido

la restauración del orden. Si no recuerdo mal, el cabrón de Villiers también había defendido el orden e incluso había recomendado el envío del ejército para sofocar la rebelión. ¿Pero de qué tipo de orden hablaban? Del orden de una república que está podrida hasta la médula, basada en la estafa y la corrupción. Del orden en el que un pequeño número de grandes capitalistas sometía a toda la sociedad a su sed de beneficios y poder. De un orden en el que los jóvenes deben aceptar pasivamente su suerte: trabajos precarios, vivienda escasa, futuro imposible. De un orden en el que los trabajadores deben estar sometidos a las leyes del mercado, en el que los ricos son más ricos y los pobres, más pobres. De un orden mentiroso que niega que la gente de los suburbios se hacina y se muere de hambre, presentándolos alegremente como un terreno abonado para el fundamentalismo islámico, para los criminales e incluso los terroristas... En fin, perdone que me exalte de esta manera, no quería soltarle arengas, es que se me pega el discurso político de Mario. Todo se contagia, menos la belleza.

El día del Martes Negro, por supuesto, bajamos a ver la que se había montado en el boulevard Saint-Michel. Mi viejo también, claro, iba tajao como una cuba y largando su rollo de siempre sobre la necesidad del puñetero orden. Setecientas mil personas en la calle, cuatrocientos detenidos, y mi viejo borracho, desvencijado sobre el sofá de su no menos desvencijado sillón de anticuario. En la calle, las CRS se habían

agrupado en formación, varias filas unas tras otras, los escudos en alto, no sé cuántos podría haber, cien quizá, quizá más, no podía contarlos, pero el efecto era impresionante. Parecían unos insectos transgénicos, enormes, a punto de devorar a los manifestantes. La primera fila había colocado los escudos a modo de barrera, de forma que cuando algún manifestante intentaba lanzarles una piedra, o cualquier otro proyectil, rebotaba contra el escudo. Había dos tanques, o lo que a mí me parecieron tanques, camiones negros. De vez en cuando, de la inmóvil formación de insectos surgía algún bote de gas lacrimógeno hacia los manifestantes, y la masa reculaba mientras se tapaba la cara con los pañuelos, muchos de ellos palestinos, que llevaban alrededor del cuello en previsión de casos así. Algunos se cubrían con el pañuelo también para evitar ser reconocidos o fotografiados. Mario estaba encantado con lo que veía y teorizaba y peroraba, largando excitadísimo, sin poder parar, como si le hubieran dado cuerda. Nos decía que revueltas ciegas como la que estábamos presenciando no sólo eran el resultado directo del callejón sin salida del capitalismo, sino también fruto de quince años de fracaso de los gobiernos de izquierdas, que se habían contentado con aprobar algunas reformas menores pero que no cambiaron en nada el carácter rapaz y reaccionario del sistema. Mario, no sé si se lo he dicho, estudiaba y estudia Políticas, y va de izquierdoso por más que es hijo de dos pijos de la muerte. Tiene un discurso cui-

dadísimo, ahora ya no larga tanto, desde lo de Pumuky, pero entonces era como una máquina de oratoria, una verdadera ametralladora verbal, se lo juro, con sus palabras y sus frases aprendidas de memoria. Yo ya no voy de nada, no intento cambiar las cosas, sólo cuento lo que veo. Nosotros lo contemplábamos todo desde una esquina, sin implicarnos, nos habíamos colocado cerca de la prensa internacional porque Mario se había encontrado a uno de Antena 3 al que conocía de Madrid, el tipo era amigo de su madre (que es una escritora famosa, creo que usted ya lo sabe) o le había hecho una entrevista o algo, y el periodista nos había sugerido que mejor nos estuviéramos en la esquina y quietecitos, que los Robocops podían cargar en cualquier momento, en cuanto les dieran la orden. Y en éstas que a Pumuky le da una de sus pájaras y se va con el grupo de locos, precisamente con los que se habían plantado frente al batallón de CRS y ya se le va la pinza del todo y hace la gilipollez del siglo. Agarra un cascote del suelo (había cientos), se acerca al grupo de los Robocops y lo estrella contra un escudo. Yo me dije: «Este tío está loco, lo van a matar». Y por primera vez lo vi claro y meridiano, que el Pumuky era un suicida y que era cuestión de tiempo que se matara de una manera u otra, drogándose o conduciendo borracho o pegándose un tiro. Le vi ese brillo de jarto en los ojos que ya le había visto antes, ese resplandor destructivo, esa ira ciega. Pumuky siempre había odiado al mundo y de paso se odiaba a sí

mismo, o al revés. Y por eso acabó como acabó, varios años más tarde, usted ya sabe cómo, con un tiro en la cabeza. En algún momento la formación recibió la orden de cargar y empezaron a avanzar, atronando con los pisotones de sus botazas, tump, tump, tump, y aporreando los escudos para hacer ruido. No se imagina usted el estruendo, dolían los oídos, en serio se lo digo. El de Antena 3 nos dijo que nos quedáramos quietos, que no nos moviéramos, que era mucho peor correr, y Mario y yo nos quedamos clavados en el suelo, temblando como hojas. La formación se abrió para evitarnos y siguió adelante, ciega. De vez en cuando pillaban a alguno y lo rodeaban haciendo círculo con los escudos, para poder emprenderla a hostia limpia con el pobre infeliz sin que las cámaras pudieran grabarlo. Todo era descontrol, humo y ruido, fragor de batalla. Pumuky había desaparecido. No volvió por casa de mi padre hasta la mañana siguiente, sudoroso, exhausto y feliz. Se había ido de marcha con los manifestantes. Y en los ojos de la niñata Coralie se adivinaba una encendida devoción de colegiala.